

Los retos geopolíticos de Oceanía

DAVID MANZANO COSANO

Universidad de Cádiz, david.manzano@uca.es

CARMEN GUERRERO ARIZA

Universidad de Cádiz, carmen.guerrero@uca.es

RESUMEN

Oceanía se enfrenta actualmente a varios retos geopolíticos derivados de la transformación del sistema internacional. La creciente rivalidad entre Estados Unidos y China ha convertido al Pacífico en un espacio estratégico clave, donde los Estados insulares se sitúan entre la influencia tradicional occidental y la expansión económica y diplomática de China. Pekín ha reforzado su presencia mediante inversiones, proyectos de infraestructura y acuerdos políticos, lo que ha generado preocupación entre los aliados. A estos factores se suman desafíos estructurales como la fragilidad institucional de algunos Estados. Las tensiones políticas internas, la descolonización inacabada y la creciente amenaza del cambio climático, considerado por los países del Pacífico como el principal riesgo para su seguridad y soberanía.

David Manzano Cosano Investigador Ramón y Cajal en Historia Contemporánea en la Universidad de Cádiz. Doctor en Historia Contemporánea (Universidad Complutense de Madrid, 2015) y Doctor en Ciencias Jurídicas y Políticas (Universidad Pablo de Olavide, 2023).

Carmen Guerrero Ariza Doctoranda en Historia Contemporánea en la Universidad de Cádiz. Máster en Relaciones Internacionales y Diplomacia (Escuela Diplomática de España), Máster en Estudios Árabes e Islámicos Contemporáneos (Universidad Autónoma de Madrid) y Máster en Salud y Sostenibilidad (Uppsala University).

Palabras claves: Oceanía, Descolonización, Cambio Climático, Foro de las Islas del Pacífico

INTRODUCCIÓN

Los teóricos de las Relaciones Internacionales coinciden en señalar que la caída del Muro de Berlín (1989) y la disolución de la Unión Soviética (1991) marcaron el surgimiento de un nuevo sistema internacional caracterizado por la hegemonía unipolar de los Estados Unidos (Krauthammer, 1990-1991). No obstante, este orden comenzó a verse progresivamente cuestionado a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001 y, de forma más estructural, por el creciente peso económico, político y geoestratégico de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), cuyo ascenso refleja una redistribución del poder global y una transición hacia una configuración internacional de carácter más multipolar (Zakaria, 2008). Este desplazamiento del equilibrio de poder ha contribuido a la revalorización estratégica del océano Pacífico, hasta el punto de ser conceptualizado como un nuevo “Great Game”, al concentrar en sus dos orillas a las principales potencias del sistema internacional (Hoper y Slayton, 2011). En la vertiente asiática destaca la China emergente, empeñada en ampliar su proyección y su influencia geopolítica global, mientras que en la fachada americana se sitúan los Estados Unidos, cuya hegemonía se ve progresivamente cuestionada. En este contexto, Oceanía adquiere un papel crucial como espacio geoestratégico al ser la tierra de frontera de ambas potencias.

Lejos de constituir un espacio aislado, el Pacífico insular se ha insertado en los procesos que configuran el sistema internacional del siglo XXI: la expansión de las empresas transnacionales, la creciente interdependencia económica y la redefinición de la agenda de seguridad, en la que el cambio climático ha adquirido un carácter central y existencial para las sociedades oceánicas. Al mismo tiempo, la región protagoniza tensiones estructurales propias, derivadas de su limitada capacidad material, su fragmentación territorial, su dependencia histórica de actores externos y los legados inacabados de los procesos de descolonización.

SEGURIDAD Y DEPENDENCIA ESTRATÉGICA

Las aportaciones de la Escuela de Copenhague ofrecen un marco analítico especialmente útil para abordar las dinámicas de la seguridad internacional. Parten de una concepción relacional de la seguridad, en la que las amenazas no se definen de manera aislada, sino en función de las interacciones y percepciones compartidas entre los Estados. En este contexto, Buzan y Wæver introducen el concepto de Complejo Regional de Seguridad (Regional Security Complex, RSC), entendido como un conjunto de Estados cuyas preocupaciones de seguridad se encuentran tan estrechamente interrelacionadas que su análisis resulta más pertinente a nivel regional que individual. Desde esta perspectiva, los autores sostienen que Oceanía no configura un RSC plenamente desarrollado (Buzan y Wæver, 2003). Ello se debe fundamentalmente a la limitada interdependencia de seguridad entre los Estados insulares, la ausencia de rivalidades militares significativas y la escasa generación de amenazas endógenas. A estas características se suma la fuerte dependencia de actores externos para la provisión de seguridad, lo que refuerza el carácter exógeno de las dinámicas securitarias en la región. En consecuencia, Oceanía aparece menos como un espacio articulador de dinámicas de seguridad propias y más como una región en la que dichas dinámicas se proyectan desde el exterior, especialmente desde potencias como Australia, Estados Unidos y Francia.

Sin embargo, esta interpretación ha sido objeto de revisión crítica. Diversos autores cuestionan la exclusión de Oceanía del concepto de RSC y sostienen que, al menos desde la década de 1990, la región puede entenderse como un complejo regional de seguridad en transición. Según Wallis, los problemas de seguridad en el Pacífico insular no pueden resolverse de manera aislada ni estrictamente a nivel estatal, ya que las crisis internas tienden a generar efectos desestabilizadores en el entorno regional y a activar respuestas colectivas. Desde esta óptica, la seguridad en Oceanía se articula en torno a amenazas compartidas —como la debilidad institucional, las tensiones étnicas, la inestabilidad política y la vulnerabilidad económica— que dan lugar a patrones recurrentes de intervención y cooperación regional (Wallis, 2016).

Esta discusión teórica se vincula estrechamente con la noción del denominado “arco de inestabilidad” en el Pacífico Sur, un concepto ampliamente utilizado desde finales del siglo XX para describir una franja de Estados y territorios caracterizados por fragilidad política, debilidad institucional y recurrentes crisis de gobernanza. Australia desempeñó un papel central en la difusión de esta idea, al interpretar que la inestabilidad en su entorno inmediato podía traducirse en amenazas directas para su propia seguridad nacional. Esta percepción puso de relieve su papel como potencia regional líder, condicionado por las características estructurales de los Estados oceánicos. Junto con Nueva Zelanda, Australia impulsó el fortalecimiento del Foro de las Islas del Pacífico como principal mecanismo regional para abordar de manera colectiva desafíos que afectan directamente a la vida cotidiana de las poblaciones insulares —como la educación, la reducción de la pobreza, la salud pública o la gestión de los impactos medioambientales—, así como problemas vinculados a la estabilidad política y la fragilidad de las instituciones democráticas, especialmente en Melanesia.

Los golpes de Estado y los episodios de inestabilidad política registrados en la región reforzaron esta lógica securitaria. Fiyi se convirtió en el caso paradigmático, al sufrir sucesivos golpes de Estado en 1987, 2000 y 2006, motivados por tensiones étnicas, disputas sobre la representación política y el control del poder estatal. De forma similar, las Islas Salomón atravesaron, a finales de la década de 1990 y comienzos de los años 2000, un grave conflicto caracterizado por violencia intercomunitaria, colapso institucional y deterioro del orden público. Asimismo, la crisis de Bougainville en Papúa Nueva Guinea, marcada por un prolongado conflicto armado vinculado a disputas en torno a los recursos naturales y a las demandas de autonomía política, evidenció las limitaciones del Estado para gestionar tensiones internas sin apoyo regional e internacional. En este contexto se inscribe la adopción de la Declaración de Biketawa en el año 2000 por el Foro de las Islas del Pacífico, que estableció un marco normativo para la respuesta colectiva ante crisis políticas, golpes de Estado y situaciones de colapso del orden constitucional en los Estados miembros. Este instrumento legitimó la adopción de medidas diplomáticas, políticas e incluso militares bajo el principio de la cooperación regional. La aplicación más significativa de este enfoque fue el despliegue de la Misión Regional de Asistencia a las Islas Salomón (RAMSI) en 2003 (McDougall, 2004), liderada por Australia y respaldada por otros Estados del Pacífico, que constituyó una de las intervenciones regionales más relevantes en la historia reciente de Oceanía.

En esta época, Australia priorizaba los problemas de seguridad frente a la atención de los desafíos de la vida cotidiana que también promovía el Foro de las Islas del Pacífico. Esta

postura contribuyó a fracturar la unidad regional en el abordaje de las cuestiones medioambientales y debilitó su estrecha relación con el resto de los países insulares del Pacífico (PIC). Este contexto fue aprovechado por China para ampliar su influencia en la región. De manera progresiva, Pekín ha reforzado su presencia económica y diplomática en los Estados insulares del Pacífico, en consonancia con su objetivo de configurar la Ruta de la Seda en la región (Belt and Road Initiative in the Pacific). China intensificó la cooperación económica mediante inversiones directas, proyectos de infraestructura y asistencia técnica, al tiempo que buscó consolidar vínculos políticos a través de acuerdos bilaterales y una activa diplomacia del reconocimiento, especialmente en los denominados Pequeños Estados Insulares en Desarrollo (Small Island Developing States) (Wallis y Tubilewicz, 2025).

En este marco, en 2019 las Islas Salomón y Kiribati abandonaron el reconocimiento de Taiwán para establecer relaciones diplomáticas con la República Popular China, seguidas por Nauru en 2024, pese al esfuerzo del gobierno de Taipéi por proyectar su política exterior a Oceanía (Guo *et al.*, 2024). Este giro diplomático ha ido acompañado de una creciente presencia china en el ámbito de la seguridad, cuyo ejemplo más significativo fue la firma del acuerdo de seguridad entre la República Popular China y las Islas Salomón en 2022 (Kabutaulaka, 2022). Dicho acuerdo generó fuertes reticencias entre los aliados occidentales, especialmente Australia y Estados Unidos, ante la posibilidad de que facilitara una presencia militar china permanente en el Pacífico Sur y alterara el equilibrio estratégico regional. Estas dinámicas se inscriben en una reorientación más amplia de varios Estados insulares hacia el espacio Asia-Pacífico, lo que ha llevado a los países del Pacífico a reconsiderar su proyección geopolítica y económica. En este sentido, decisiones simbólicas como el cambio de huso horario de Samoa en 2011, orientado a sincronizarse con los principales mercados asiáticos al percibirlos como espacios de oportunidad, ilustran este desplazamiento gradual de las referencias económicas y estratégicas tradicionales (Wesley-Smith, 2013).

Pese a estos avances en los planos económico y diplomático, Oceanía continúa siendo, desde una perspectiva militar y estratégica, una región mayoritariamente influenciada por las potencias occidentales. Australia, Estados Unidos y Nueva Zelanda mantienen una clara preponderancia en la provisión de seguridad convencional mediante una densa red de acuerdos de defensa, presencia militar permanente, ejercicios conjuntos y mecanismos de cooperación policial y logística. A ello se suman el refuerzo del marco ANZUS, la creciente integración de Australia en las estrategias indo-pacíficas promovidas por Estados Unidos y los New Compacts of Free Association (COFA) (2024), que consolidan la presencia estratégica estadounidense en el Pacífico Norte. Asimismo, el fortalecimiento de los acuerdos bilaterales de seguridad entre Australia y Papúa Nueva Guinea (2025), como el reciente Pukpuk Treaty (2025) refuerza este entramado defensivo y confirma el papel central de Canberra como proveedor de seguridad en el Pacífico Sur. Desde esta perspectiva, la alineación militar de Oceanía con el bloque occidental no se encuentra sustancialmente cuestionada, aunque contrasta con las crecientes tensiones en el ámbito económico derivadas del ascenso de China como socio comercial e inversor clave en la región.

LA DESCOLONIZACIÓN INACABADA

Desde finales del siglo XX, el proceso de descolonización ha entrado en una fase analítica más compleja, que cuestiona la idea de la independencia política como desenlace natural o definitivo del dominio colonial. Esta revisión crítica parte del reconocimiento de que numerosos problemas heredados de la colonización continúan presentes en muchas islas oceánicas, tanto en aquellas que han culminado formalmente sus procesos de autodeterminación como en las que mantienen vínculos institucionales con antiguas potencias coloniales (Aldrich, 2000).

La Asamblea General de las Naciones Unidas (2013) asumió parte de esta perspectiva al reincorporar a la Polinesia Francesa en la lista de territorios no autónomos, como resultado de una intensa labor diplomática impulsada por dirigentes independentistas polinesios. Estos actores denunciaron ante los foros internacionales el carácter incompleto y limitado de la autonomía concedida por Francia, subrayando la persistencia de mecanismos de control político, económico y estratégico incompatibles con un ejercicio pleno del derecho de autodeterminación. Si bien esta reincorporación no supuso una modificación inmediata del estatus jurídico-político de la Polinesia Francesa, sí tuvo relevantes implicaciones simbólicas y políticas. En particular, contribuyó a reactivar el debate internacional sobre la descolonización en el Pacífico y a incrementar la presión diplomática sobre Francia para que avanzara hacia la culminación del proceso de autodeterminación en sus territorios ultramarinos.

Esta presión se manifestó de forma especialmente visible en el caso de Nueva Caledonia, donde los recurrentes enfrentamientos sociales y políticos pusieron de relieve las limitaciones de los arreglos institucionales vigentes y sus efectos desestabilizadores sobre la seguridad regional. En este contexto, se enmarca la aparición del Baku Initiative Group (BIG), una plataforma creada en 2023 en el marco del Movimiento de Países No Alineados para articular apoyo a los pueblos aún bajo dominio colonial, con especial énfasis en los territorios ultramarinos de Francia (Gonschor, 2025), lo cual evidencia la visibilidad del conflicto en la agenda de la sociedad internacional.

Tras los Acuerdos de Matignon-Oudinot en 1988, el conflicto en Nueva Caledonia dejó de expresarse prioritariamente mediante la violencia para inscribirse en un marco negociado, en el que el Estado francés asumió el papel de garante del orden político y árbitro de un proceso de descolonización diferida. El Acuerdo de Numea de 1998 consolidó este giro al reconocer explícitamente el carácter colonial de la anexión francesa y al establecer un proceso progresivo de transferencia de competencias, acompañado de la promesa de hasta tres referéndums de autodeterminación. No obstante, el acuerdo introdujo una ambigüedad estructural central: la definición del cuerpo electoral legítimo (Robertson, 2024). La creación de un censo restringido, basado en criterios de residencia prolongada, buscó corregir los efectos del colonialismo demográfico y preservar el peso político de la población indígena kanak. Los referéndums de autodeterminación celebrados entre 2018 y 2021 confirmaron tanto la centralidad de esta fractura como la fragilidad del consenso alcanzado en 1998. Los dos primeros mostraron un aumento sostenido del apoyo a la independencia, mientras que el tercero, celebrado en diciembre de 2021, marcó un punto de inflexión: el boicot masivo de las fuerzas independentistas, en un contexto de pandemia y de duelo prolongado en las comunidades kanak, privó al

proceso de una legitimidad política ampliamente compartida. Aunque jurídicamente válido para el Estado francés, el resultado fue profundamente cuestionado y abrió una nueva fase de bloqueo institucional (Fisher, 2024).

En 2024, el conflicto volvió a escalar con episodios de violencia significativa tras una iniciativa del gobierno francés orientada a modificar los requisitos de inscripción electoral. La propuesta de ampliar el censo para incluir a residentes de larga duración —alterando potencialmente el equilibrio político entre sectores lealistas e independentistas— desencadenó graves disturbios en mayo de ese año, con numerosas víctimas y un deterioro profundo del clima social y económico del archipiélago.

En este contexto de crisis prolongada, en julio de 2025, tras meses de estancamiento y de diálogo interrumpido, representantes del Estado francés y delegaciones políticas caledonias firmaron en Bougival un nuevo pacto. Este acuerdo propone un estatuto sui generis para Nueva Caledonia como “Estado dentro de la República Francesa”, inscrito en la Constitución, e introduce una nacionalidad neocalledonia que coexistiría con la nacionalidad francesa, en un intento de conciliar aspiraciones autonomistas con la permanencia en la República (Bouard y Pantz, 2025). Esta fórmula representa un punto de inflexión en la tradición centralista de la política de París, al inspirarse en modelos alternativos desarrollados en el Pacífico —como los Estados libremente asociados a Nueva Zelanda— para ofrecer una salida institucional a un problema histórico aún no resuelto.

Debido al grado de conflictividad política que presentan, los territorios no autónomos bajo soberanía francesa —especialmente Nueva Caledonia y, en menor medida, la Polinesia Francesa— concentran una atención internacional particularmente elevada. Sin embargo, no son los únicos territorios del Pacífico que permanecen inscritos en la lista de Territorios No Autónomos de Naciones Unidas. Aún figuran en ella Tokelau (Nueva Zelanda), Pitcairn (Reino Unido) y los territorios estadounidenses de Guam y Samoa Americana. El problema de su autodeterminación ha perdido centralidad en el debate político internacional en comparación con el periodo de la Guerra Fría, cuando la descolonización constituía un eje central de la agenda global. Entre las razones de este desplazamiento destacan, por un lado, la elevada dependencia económica, administrativa y estratégica de estos territorios respecto de las metrópolis, y por otro, la percepción creciente de que la independencia estatal ya no se presenta necesariamente como la solución óptima para resolver los problemas estructurales de desarrollo, gobernanza o bienestar social, ya que la fuerza de las estructuras coloniales permanecen incluso en aquellas sociedades que según el derecho internacional ha alcanzado la autodeterminación.

En este contexto, Oceanía transita hacia una auténtica “era posdescolonial” (Firth, 2000; Aldrich, 2000), caracterizada no por la culminación uniforme de la independencia, sino por la coexistencia de estatutos políticos diferenciados y por la persistencia de vínculos estrechos —jurídicos, económicos y simbólicos— con las antiguas potencias coloniales, que lo siguen arrastrando hacia la vulnerabilidad. De este modo, las comunidades oceánicas recurren a la movilización para defender sus derechos políticos (Griffen *et al.*, 2020).

EL FORO DE LAS ISLAS DEL PACÍFICO Y LA AGENDA AZUL

El Foro de las Islas del Pacífico (PIF) se ha consolidado progresivamente como el principal articulador de una agenda política propia de Oceanía. Dicha agenda se caracteriza por una reformulación del concepto de seguridad y por la centralidad del océano como eje estructurante de la vida política, económica y cultural de la región. Desde esta perspectiva, el Pacífico deja de ser concebido como un espacio periférico del sistema internacional para afirmarse como un sujeto político colectivo, portador de intereses y prioridades específicas.

Uno de los rasgos más distintivos de esta transformación es la reformulación de la seguridad desde una lógica construida “desde abajo”, que prioriza las amenazas existenciales que afectan directamente a los pequeños Estados insulares. En este sentido, el cambio climático ha sido definido por el propio Foro como la principal amenaza para la seguridad regional en la Declaración de Boe (2018), en la medida en que compromete la continuidad territorial de numerosos archipiélagos, la viabilidad de sus economías, la cohesión social de sus comunidades y, en última instancia, el ejercicio efectivo de su soberanía. Esta concepción se distancia de los enfoques tradicionales centrados en la seguridad militar y sitúa en el centro de las prioridades regionales cuestiones como la elevación del nivel del mar, la degradación del medio marino, la inseguridad alimentaria y los desplazamientos forzados de población. La acción diplomática del Foro de las Islas del Pacífico ha sido fundamental para proyectar esta visión en el ámbito internacional, contribuyendo a la configuración de consensos globales, como se evidencia en su papel en la adopción del Acuerdo de París de 2015, que reconoce la necesidad de afrontar los desafíos existenciales de los Estados insulares mediante compromisos colectivos de alcance global (Morgan *et al.*, 2024).

Algunas iniciativas nacionales ilustran tanto la creatividad política de los Estados insulares como las nuevas dependencias que emergen en este contexto. Un ejemplo paradigmático es el proyecto impulsado recientemente por Tuvalu para desarrollar una “nación digital” (Manghi, 2024), concebida como una estrategia orientada a la preservación de la identidad estatal, la memoria colectiva y la capacidad administrativa ante la eventual pérdida de territorio físico. No obstante, esta solución pone de manifiesto las ambigüedades de la soberanía en la era digital, en la medida en que dichas plataformas dependen de infraestructuras tecnológicas, marcos jurídicos y empresas privadas radicadas principalmente en Estados Unidos. Ello introduce nuevas formas de dependencia estructural incluso en los intentos de reforzar la autonomía política.

La construcción de esta noción ampliada de seguridad cuenta con antecedentes normativos relevantes. Entre ellos destaca la Convención de Waigani de 1995, adoptada bajo los auspicios del Foro, que prohíbe la importación de residuos peligrosos y radiactivos en la región del Pacífico Sur. Este instrumento no solo respondió a una preocupación ambiental inmediata, sino que contribuyó a consolidar una concepción de la seguridad estrechamente vinculada a la protección del océano como espacio vital para los pueblos del Pacífico. En continuidad con esta lógica, el Foro ha promovido la idea del Pacífico como un “Océano para la Paz”, una narrativa política que rechaza la militarización, la explotación irresponsable de los recursos marinos y el uso del océano

como escenario de rivalidades estratégicas externas, reivindicándolo como base de cooperación, sostenibilidad y estabilidad regional (Tevahitua, 2025).

Esta transformación discursiva y normativa ha tenido también consecuencias en el plano institucional. El Foro de las Islas del Pacífico continúa funcionando como un espacio central de cohesión política, capaz de integrar la diversidad de realidades estatales, territoriales y culturales de Oceanía. Su estructura se rige por el Agreement Establishing the Pacific Islands Forum Secretariat de 2005, que constituye el marco jurídico fundamental del Secretariado y establece la centralidad del Foro de Líderes como órgano de decisión, asistido por el Forum Officials' Committee y por un Secretariado permanente con sede en Suva. Aunque este acuerdo no ha sido formalmente sustituido, su interpretación ha sido progresivamente complementada y reorientada por documentos políticos posteriores con un notable peso normativo y programático. Entre ellos destaca la Blue Pacific Continent Narrative, adoptada en 2017, que redefine la identidad política colectiva de Oceanía y amplía sustancialmente el alcance del mandato del Foro, reforzando su orientación hacia la seguridad humana, el cambio climático, la protección de los océanos y la diplomacia colectiva.

Paralelamente, el Foro ha reforzado su carácter inclusivo mediante la participación de Estados asociados, entre los que se encuentran Wallis y Futuna, Tokelau, Guam y Samoa americana, estos últimos de reciente incorporación. Esta apertura permite incorporar al debate regional las problemáticas derivadas de la descolonización inacabada y de los procesos de autodeterminación aún en curso, contribuyendo a la construcción de una identidad regional compartida basada en la defensa de intereses comunes frente a actores externos con mayor capacidad de influencia en el sistema internacional.

En el ámbito internacional, el Foro ha evolucionado hacia un actor normativo con capacidad de proyectar la agenda azul más allá del espacio regional. Esta proyección se ve reforzada por una estrategia de alianzas desarrollada mediante los Post-Forum Dialogues, en los que participan socios como Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, China, Japón y la Unión Europea. Ello ha dado lugar a que sus territorios no autónomos solo se hayan integrado recientemente en el Foro como miembros asociados, mientras que los territorios de Francia participan como miembros plenos. Esta situación responde al control estructural que Washington ejerce sobre la política exterior de dichos territorios y a su reticencia histórica a otorgarles una presencia autónoma en foros que han sido críticos con las prácticas coloniales, la militarización del Pacífico y los efectos persistentes de los ensayos nucleares. De este modo, aunque el Foro ofrece un espacio potencial de representación, las dinámicas de poder metropolitano continúan condicionando su participación efectiva, poniendo de relieve los límites estructurales de la descolonización en el Pacífico contemporáneo.

OCEANÍA ANTE LA RECONFIGURACIÓN DEL SISTEMA INTERNACIONAL: TENSIONES HEGEMÓNICAS Y ESCENARIOS FUTUROS

En la actualidad no existe consenso respecto a la naturaleza del sistema internacional contemporáneo, debatido entre interpretaciones bipolares, multipolares o incluso apolares (Sanahuja-Perales, 2008). En esta controversia resulta determinante la progresiva erosión de la centralidad del Estado frente a otros actores internacionales, como las empresas transnacionales, fenómeno que debilita la concepción estatocéntrica de las Relaciones

Internacionales sobre la que se fundamentan dichos modelos. No obstante, existe un amplio acuerdo entre los expertos en señalar que la expansión comercial, tecnológica y estratégica de China ha puesto en entredicho el orden unipolar bajo hegemonía estadounidense, cuyo gobierno aspira a preservarla. Para ello está recurriendo a estrategias que evocan dinámicas propias de las Relaciones Internacionales del siglo XIX, tales como el intervencionismo indirecto, la presión económica y comercial, o la subordinación del principio de autodeterminación a consideraciones geoestratégicas de seguridad. Estas prácticas, difícilmente compatibles con el marco normativo de las Naciones Unidas, han afectado no solo a rivales estratégicos, sino también a aliados tradicionales, especialmente en Europa, pero también a Oceanía.

El rechazo de la administración Trump a la Agenda 2030 y a los compromisos multilaterales en materia climática ha generado una profunda inquietud entre los Estados insulares del Pacífico (PIC), cuya soberanía se ve directamente amenazada por los efectos del cambio climático. De este modo, Oceanía emerge como un espacio donde confluyen las contradicciones del sistema internacional contemporáneo: dependencia estratégica de Estados Unidos, creciente penetración china y vulnerabilidad estructural frente a desafíos globales que requieren soluciones multilaterales.

Este giro de la política exterior trumpiana se encuentra estrechamente vinculado a una concepción de las Relaciones Internacionales de carácter marcadamente imperial. Desde esta perspectiva, las potencias occidentales han tendido históricamente a concebir el espacio del Pacífico como un ámbito periférico, subordinado a sus intereses estratégicos globales. Desde el denominado “Spanish Puddle”, articulado en torno al Galeón de Manila, hasta las configuraciones del sistema colonial contemporáneo, Oceanía ha sido observada fundamentalmente desde una óptica defensiva e imperial. Las potencias con presencia colonial o proyección regional en la zona (España, los Países Bajos, el Reino Unido, Francia, Rusia, Alemania, Estados Unidos, Japón y Chile) han instrumentalizado este espacio en función de sus grandes objetivos de política exterior, otorgando a los archipiélagos oceánicos un valor estratégico como posiciones avanzadas destinadas a contener a posibles oponentes o anticipar amenazas externas.

Con la evolución de la sociedad internacional, Oceanía fue progresivamente integrada en el bloque occidental liderado por Estados Unidos, desplazándose la principal percepción de amenaza estratégica hacia Asia. Esta lógica se consolidó con el inicio de la Guerra Fría y se ha visto reforzada en la actualidad por la emergencia de China como potencia global. No obstante, durante la primera administración Trump esta región perdió centralidad en la agenda de política exterior estadounidense, al priorizarse otros escenarios considerados más inmediatos o estratégicamente relevantes, como Oriente Próximo, Europa o América Latina. En este contexto, las demandas estratégicas de Australia y de los archipiélagos oceánicos quedaron relegadas a un segundo plano, lo que refleja su retorno a una posición periférica dentro de las prioridades internacionales de Estados Unidos.

Por su parte, China continúa desplegando una diplomacia activa y pragmática orientada a consolidar su posicionamiento en la región y a penetrar en el tejido económico de un espacio que hasta ahora había estado mayoritariamente bajo el liderazgo de Estados Unidos, el cual está erosionando su fuerte “soft power” ante las políticas agresivas a sus tradicionales aliados. Esta dinámica puede tener consecuencias directas en el grado de

implicación de las sociedades ante una eventual confrontación entre ambas potencias, inicialmente en el plano comercial, pero susceptible de escalar hacia mayores niveles de hostilidad, incluido el uso de la fuerza.

Si las prácticas de carácter imperial continúan intensificándose en la actual sociedad internacional, Oceanía podría convertirse —como ya ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial— en un espacio clave de confrontación entre grandes potencias y en un posible escenario de conflicto armado. Esta dinámica resulta especialmente relevante en Micronesia, dada la proximidad de los territorios bajo control del ejército estadounidense en esta región a Taiwán, enclave central de la política exterior de Pekín en su aspiración de culminar sus históricas reivindicaciones de soberanía sobre la isla. Objetivo que hasta la fecha no ha podido materializarse debido al firme respaldo estadounidense a la República de China (Taiwán). Un escenario de pugna imperial entre Estados Unidos y China acarrearía costes potencialmente elevados para las sociedades oceánicas, caracterizadas por su limitada capacidad de influencia estructural en el sistema internacional.

Frente a esta perspectiva, los discursos y las prácticas impulsados desde el Foro de las Islas del Pacífico y la denominada agenda azul ofrecen una alternativa basada en el multilateralismo, la cooperación regional y una concepción ampliada de la seguridad. No obstante, la viabilidad de este enfoque depende en gran medida de factores externos al propio Pacífico, en la medida en que requiere el respaldo efectivo de aquellas potencias que aspiran a liderar el sistema internacional. A la luz de las dinámicas recientes, todo apunta a que la evolución de la región se aproxima con mayor probabilidad al primer escenario, marcado por una creciente instrumentalización geoestratégica de Oceanía en el marco de la competencia entre grandes potencias.

BIBLIOGRAFÍA

- Aldrich, Robert. 2000. "The decolonisation of the Pacific Islands". *Itinerario*, 24(3-4): 173-191. <https://doi.org/10.1017/S0165115300014558>.
- Asamblea General de las Naciones Unidas. 2013. *Autodeterminación de la Polinesia Francesa*. Resolución A/RES/67/265, 17 de mayo de 2013. <https://docs.un.org/es/A/RES/67/265>.
- Australia y Papúa Nueva Guinea. 2025. *Papua New Guinea–Australia Mutual Defence Treaty*. Firmado en Canberra, 6 de octubre de 2025. <https://www.dfat.gov.au/countries/papua-new-guinea/papua-new-guinea-australia-mutual-defence-treaty>.
- Bouard, Séverine y Pierre-Christophe Pantz. 2025. "New Caledonia", en Brian C. H. Fong (ed.), *The Palgrave Geopolitical Atlas*. Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-981-95-1507-3_37.
- Buzan, Barry y Ole Wæver. 2003. *Regions and powers: The structure of international security*. Cambridge University Press.
- Firth, Stewart. 2000. "Decolonization", en Robert Borofsky (ed.), *Remembrance of Pacific Pasts***: An Invitation to Remake History** (pp. 314-332). University of Hawai'i Press.
- Fisher, Denise. 2024. "New Caledonia's self-determination process", en Matthias Kowasch y Simon P. J. Batterbury (eds.), *Geographies of New Caledonia-Kanaky: Environments, politics and cultures* (pp. 229-251). Springer International Publishing.
- Gonschor, Lorenz. 2025. "A new 'spectre of decolonisation': Non-Aligned Azerbaijan's Baku Initiative Group". Ponencia presentada en la Pacific Islands Political Studies Association (PIPSA) Conference, *The Pacific Islands: Zone of Peace or Ocean of Discontent?*, Victoria University of Wellington, Wellington, Nueva Zelanda, 20 de febrero de 2025.
- Griffen, Vanessa, Gordon Nanau y Maureen Penjueli. 2020. "Existential threats to the Pacific Islands", en Jude Lal Fernando (ed.), *Resistance to Empire and militarization: Reclaiming the sacred* (pp. 323-339). Equinox Publishing.
- Guo, Pei-yi, Cheng-Cheng Li y Sra Manpo Ciwidian. 2024. "Economic development, diplomatic relations and engagement with Taiwan and China in Oceania", en Chien-Huei Wu (ed.), *Switching diplomatic recognition between Taiwan and China: Economic and social impact* (pp. 138-178). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781003371427-7>.
- Hooper, Craig y David M. Slayton. 2011. "The real game-changers of the Pacific Basin". *Proceedings of the United States Naval Institute*, 137(4), 1,298. <http://www.usni.org/magazines/proceedings/2011-04/real-game-changers-pacific-basin>.

- Kabutaulaka, Tarcisius. 2022. "China-Solomon Islands security agreement and competition for influence in Oceania". *Georgetown Journal of International Affairs*. <https://gjia.georgetown.edu/2022/12/02/china-solomon-islands-security-agreement-and-competition-for-influence-in-oceania/>.
- Krauthammer, Charles. 1990-1991. "The unipolar moment". *Foreign Affairs*, 70(1): 23-33.
- Manghi, Nicola. 2024. "Putting the state in its place: An ethnographic look at Tuvalu's sovereignty in the context of the ecological crisis". *Journal de la Société des Océanistes*, 158-159: 23-36. <https://doi.org/10.4000/129ck>.
- McDougall, Derek. 2004. "Intervention in Solomon Islands". *The Round Table*, 93(374): 213-223.
- Morgan, Wesley, Salā George Carter y Fulori Manoa. 2024. "Leading from the frontline: A history of Pacific climate diplomacy". *The Journal of Pacific History*, 59(3): 353-374. <https://doi.org/10.1080/00223344.2024.2360093>.
- "New Compact of Free Association agreements with Micronesia, the Marshall Islands, and Palau approved by Congress". 2024. *American Journal of International Law*, 118(3): 544-549. <https://doi.org/10.1017/ajil.2024.40>.
- Robertson, Scott. 2024. "The citizenship dilemma in decolonising New Caledonia", en Matthias Kowasch y Simon P. J. Batterbury (eds.), *Geographies of New Caledonia-Kanaky: Environments, politics and cultures* (pp. 259-271). Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-031-49140-5_20.
- Sanahuja Perales, José Antonio. 2008. "¿Un mundo unipolar, multipolar o apolar? La naturaleza y la distribución del poder en la sociedad internacional contemporánea", en *Cursos de Derecho Internacional de Vitoria-Gasteiz 2007* (pp. 297-384). Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- Tevahitua, Raihaamana. 2025. "Where east and west meet". *Australian Journal of International Affairs*, 79(3): 531-539. <https://doi.org/10.1080/10357718.2025.2490652>.
- Wallis, Joanne. 2016. "Is Oceania a regional security complex?", en Andreas Holtz, Matthias Kowasch y Oliver Hasenkamp (eds.), *A Region in Transition: Politics and power in the Pacific Islands Countries* (pp. 17-46). universaar.
- Wallis, Joanne y Czeslaw Tubilewicz. 2025. "The Pacific Islands and Chinese power as presence, influence, and interference". *European Journal of International Security*, 10(2): 271-292. <https://doi.org/10.1017/eis.2024.32>.
- Wesley-Smith, Terence. 2013. "China's rise in Oceania: Issues and perspectives". *Pacific Affairs*, 86(2): 351-372. <https://doi.org/10.5509/2013862351>.
- Zakaria, Fareed. 2008. *The post-American world*. W. W. Norton & Company.